

ra la confirmacion de los prelados, para seguir los pleitos, para el número infinito de apelaciones, para las dispensas, para las absoluciones, para las indulgencias, para los privilegios, en una palabra, para las innumerables servidumbres, condecoradas con el especioso título de gracias. En la antigüedad confirmaban los metropolitanos la eleccion de los obispos sufragáneos; pero en nuestro tiempo los ha despojado violentamente de este derecho el Papa Juan XXII. ¿No tienen bastante sus sucesores con la colacion de todos los beneficios? ¿Permitiremos que arrebatén los frutos de ellos á los que cumplen todas sus cargas?"

Este exordio vehemente hizo en el Emperador casi la misma sensacion que en los grandes. El dia siguiente llamaron á Felipe de Cabassole, obispo de Cavaillon, encargado de esta legacia espinosa, y le dijeron con sequedad que jamás se sujetaria el clero á una contribucion tan extraordinaria, añadiendo que el Emperador estaba muy indignado al ver que el Papa se dirigia para esto á los alemanes mas bien que á ninguna otra nacion. Este Príncipe tomó la palabra y dijo con valentía, dirigiéndose al legado: „Señor obispo, ¿cuál es la causa de que el Papa pida tanto dinero á los eclesiásticos, y no piense en reformarlos? Ya veis cómo viven, y no se os oculta su orgullo, su lujo y su fausto insolente."

31. Hablando de esta manera tenia los ojos clavados en Conrado de Falquestein, canónigo de Ma-

gunçia, el cual habia sido coadjutor ó auxiliador del arzobispo Enrique de Busman, durante el cisma de aquella iglesia. Despues se acercó al canónigo, le quitó una caperuza magnífica que tenia en la cabeza y estaba adornada de oro y piedras preciosas, le dió la suya que era de un paño sencilló, y poniéndose la de Conrado, „¿qué os parece? (dijo á los asistentes). ¿Con esta caperuza no me parezco mas á un caballero que á un eclesiástico?" Tomando en seguida la suya, y revistiéndose de severidad, dijo al arzobispo Gerlac: „os mandamos, por la fidelidad que nos debeis, que reformeis vuestro clero segun los cánones. Si hubiese algunos rebeldes y refractarios, aplicareis al fisco los frutos de sus beneficios; y en caso de necesidad, los castigareis con la prision." Dió Carlos la misma orden á los demás obispos, y usando de la constancia necesaria contra unos abusos inveterados, escribió á los prelados, despues de concluida la dieta, amenazándoles que castigaria su negligencia secuestrando las rentas eclesiásticas, y poniéndolas en poder de los Príncipes seculares.

Estas ideas de secuestro se presentaron al Papa como un trastorno de la dignidad de la Iglesia y de las libertades eclesiásticas (1). Escribió, pues, al Emperador diciéndole que alababa su celo, pero que temia al mismo tiempo que los efectos no correspondiesen á la rectitud de sus intenciones; que

(1) *Rain. ann. 1359. num. 11.*

en vez de las amenazas y gestiones de los seculares contra el orden clerical, era necesario escitar á los prelados que se juzgasen mas oportunos á que cumpliesen con su obligacion contra el clero, y que lo harian con buen éxito, si tuviesen el auxilio de la potestad que debe ayudar á sus derechos y no egercerlos. No perdió el Papa un instante en despertar el celo de los principales prelados, y escribió en estos términos á los arzobispos de Maguncia, Tréveris, Colonia, Bremen y Salzburgo: „Hemos sabido poco ha, que en vuestras provincias algunos eclesiásticos y aun obispos se olvidan de la santa preeminencia de su estado por acomodarse á las costumbres del siglo: que toman parte en las juntas, en los torneos y en los demás egercicios militares: que muestran en su tren, en el vestido y hasta en el calzado un fausto que les está prohibido, y disipan así el patrimonio de la Iglesia y de los pobres con grave escándalo de todó el mundo. Por tanto, os suplicamos encarecidamente, y os mandamos al mismo tiempo, que reprimais estos abusos en todos los eclesiásticos, de cualquier clase y dignidad que sean, y los obligueis á vivir con la gravedad y moderacion propia de su estado. Encargad á vuestros sufragáneos que cuiden tambien de la conducta de los clérigos que les están sujetos.” Estos desórdenes del clero de Alemania provenian del cisma de Luis de Baviera, y de las largas desavenencias que habian precedido con los Papas. ¡Tanto importa á las dos potestades evitar

un rompimiento, cuyas consecuencias deben serlas muy funestas.

En cuanto á la exaccion pecuniaria que pensaba hacer Inocencio VI, sufrió la negativa este prudente Pontífice sin inquietarse, por no causar una nueva division en la Iglesia. Sin embargo, á trueque de no llevar un desaire tan completo, envió nuncios á la mayor parte de las provincias germánicas con orden de recoger, á beneficio de la cámara pontificia, la mitad de la renta de las piezas eclesiásticas que se hallasen vacantes á la sazón, y que vacasen en el espacio de dos años. Parece que el Emperador no se dió por ofendido de esta providencia, satisfecho tal vez con haber sacudido la carga mucho mas pesada que se habia pretendido imponer al clero del imperio; y aun publicó una constitucion para que se conservasen los derechos y las inmunidades ordinarias de la Iglesia (1).

32. En estas circunstancias se vió espuesto el Papa Inocencio á los insultos y á la insolente ferocidad de las tropas de bandidos que se llamaban compañías blancas ó simplemente compañeros, las cuales infestaron al principio las provincias meridionales de Francia (2). Estas cuadrillas habian empezado despues de la desgraciada batalla de Poitiers, la cual admitió el Príncipe de Gales obligado por el Rey Juan, á pesar de las eficaces diligencias de los legados enviados por el Papa para negociar la

(1) *Gold. Const. tom. 1. p. 92.* (2) *M. Vill. lib. 7. c. 87. = Frois. vol. 1. cap. 172.*

paz entre Francia é Inglaterra. Quedó prisionero el Rey y fue llevado al otro lado del mar, con cuyo motivo se vió todo el reino agitado del espíritu de rebelion y de discordia, y atropelló insolentemente el derecho de magestad, todas las obligaciones de la subordinacion y generalmente todas las leyes. Una porcion de militares que habian quedado sin ocupacion y sin sueldo, se reunieron bajo las órdenes de un hidalgo llamado Arnaldo de Servole, y vulgarmente el arcipreste. Estas compañías aumentadas con todos los malhechores que vagaban por el reino, se encaminaron desde luego á la Provenza, donde se apoderaron de ciudades considerables, de muchas plazas fuertes, y cometieron todos los desórdenes que se podian esperar de unos hombres sin leyes, sin costumbres y sin mas recurso que lo que robasen. Mataban, violaban, incendiaban; y aquel adquiria mas fama entre ellos, que egecutaba las acciones mas atroces é infames, y lo que tenian por honor hubiera horrorizado á los infieles mas depravados.

33. Habiendo el formidable arcipreste tomado y saqueado la ciudad de Saint-Esprit, distante siete leguas de Aviñon, se llenó de terror y consternacion la corte pontificia. Se publicó una cruzada contra aquellos cristianos que solo conservaban este nombre para profanarle, y se prometió la absolucion de culpa y pena á los que espusiesen su vida para acabar con aquellos enemigos públicos. Se alistó un gran número de cruzados á las órdenes del carde-

nal Pedro Bertrando, caudillo de la espedicion; pero como no les daban mas que indulgencias, se dispersaron muy pronto para buscar con que mantenerse, y aun hubo muchos que se pasaron á los compañeros, los cuales se aumentaron con las tropas que se habian reunido contra ellos. Seis mil hombres armados y bien disciplinados, en cuyo número habia cuatro mil italianos, no fueron capaces de tranquilizar á los habitantes de Aviñon, siendo tan grande la consternacion general, que no habia quien trabajase en ningun oficio. El Papa imploró el auxilio del Emperador, del duque de Borgoña, del conde de Saboya y de las ciudades y gobernadores franceses mas inmediatos. Pero pareciéndoles insuficientes todos estos medios, procuró tratar con el capitan de aquellas terribles compañías, y le suplicó que pasase á Aviñon, donde entró bien acompañado y se le hicieron grandes honores. „Se le recibió (dice un autor contemporáneo) como si hubiera sido hijo del Rey de Francia: comió muchas veces con el Papa y con los cardenales: obtuvo una absolucion general, y lo que verosimilmente le hizo mas fuerza, sacó unos cuarenta mil escudos (1).” Se retiró del territorio eclesiástico sin abandonar la Provenza; y la suerte de la ciudad de Aix, de la cual se apoderó el arcipreste el año siguiente, renovó los sobresaltos del Papa.

34. Para mayor desgracia, la peste que habia hecho ya terribles estragos en Aviñon, volvió á re-

(1) *Frois. lib. 2. cap. 177.*

nacer con tal violencia, que desde el día de Pascua, 28 de Marzo, hasta el de Santiago, 25 de Julio, murieron cerca de diez y siete mil personas, y entre ellas cinco obispos y nueve cardenales, incluso Pedro Bertrando, obispo de Ostia y caudillo de la cruzada contra los compañeros. Para reparar esta pérdida hizo el Papa una promoción de ocho cardenales, todos franceses sin escepcion alguna. Pocos años antes habia creado seis cardenales, cuatro franceses, un italiano y un catalan.

35. El año siguiente 1362 Inocencio VI, consumido de vejez, de cuidados y de enfermedades, murió el día 12 de Setiembre despues de nueve años y cerca de siete meses de pontificado. Se colocó su cadáver en la catedral de Aviñon, y desde allí fue trasladado á la cartuja de Villanueva, que habia fundado él mismo. Fue Pontífice de una vida eemplar, siempre justo, algunas veces severo y aún inflexible cuando lo exigia el peligro del escándalo, tan caritativo que sufrió la acusacion gloriosa de que era estremado en esta parte, celoso de los intereses de la Iglesia, amante de las ciencias y de los sábios, en una palabra, libre de todo defecto, si no hubiera mostrado demasiada impaciencia por promover á sus parientes á las dignidades eclesiásticas, bien que la mayor parte de ellos probaron con su conducta que las merecian, y cumplieron exactamente todas sus obligaciones. Mas loable en esto y en otras muchas cosas que su predecesor, solo puede ser eclipsado por el resplandor de las virtu-

des que acertó á reunir el que le sucedió en la Silla apostólica.

36. Este digno Pontífice, que tomó el nombre de Urbano V para estimularse á imitar á los Papas de este nombre, célebres todos ellos por la santidad de su vida, no fue elegido entre los del sacro colegio, aunque no faltaban en él sugetos idóneos para ocupar la santa Sede (1). Juntos los cardenales en el cónclave en número de veinte despues del funeral del difunto Papa y del luto de la corte romana, esto es, al cabo de diez dias, tuvo diez y nueve votos uno de ellos, que no nombra la historia, como para condescender con los deseos de aquel humilde prelado, el cual amaba exclusivamente la santa obscuridad, y opuso una resistencia invencible á su elevacion. Despues de él hubo varios cardenales que tuvieron sucesivamente muchos votos, pero no los suficientes para una eleccion conforme al tenor de las leyes. Por último, se fijaron los electores en el abad de San Víctor de Marsella, Guillermo de Grimoard, hijo de un caballero del Gevaudan, y á la sazón nuncio apostólico en Sicilia. Eligiéronle, pues, en el día 28 de Setiembre, y se le llamó inmediatamente con pretesto de que habia que comunicarle un asunto de importancia, porque estaba oculta la eleccion temiendo que rehusase tambien el pontificado, ó que noticiosos de su promoción los italianos, no le permitiesen pasar á Francia. Consintió Guillermo sin difi-

(1) *Vit. Pap. p. 399. et seq.*

cultad por la esperanza que tenia de restituir muy en breve á Roma la santa Sede; lo cual deseaba con tan vivas ansias, que á la primera noticia que tuvo de la muerte de su predecesor hallándose en Florencia, cuando ni aun siquiera pensaba en que podria llegar á sucederle, dijo que si el Papa futuro volviese á su residencia natural, moriria él gustoso al dia siguiente.

Entró de secreto en Aviñon á los dos dias de habersele notificado su exaltacion á la santa Sede; y en el dia siguiente 31 de Octubre se hizo pública la eleccion. El dia 6 del mes inmediato, que era domingo, fue consagrado y coronado por el cardenal de Maguelona, obispo de Ostia. No quiso hacer la cavalgata acostumbrada, tanto por un efecto de su aversion al fausto, quanto porque miraba la dignidad pontificia como desterrada en un pais cismontano. La iglesia de Aviñon no habia tenido obispo en tiempo de los dos últimos Papas, los cuales suspendieron la provision de esta última dignidad para aprovecharse de sus rentas, y en defecto del prelado propio se valian de vicarios generales. Pero el Papa Urbano la restituyó á su estado antiguo, nombrando para aquella silla á su hermano Anglico, virtuoso canónigo reglar de la congregacion de San Rufo.

37. Entretanto el Rey Juan que se hallaba libre de su prision de Inglaterra hacia ya dos años, salió de París para ir á ver al nuevo Papa, y visitar de paso el ducado de Borgoña, que habia recaido

en él poco antes por muerte de Felipe de Rouvre, en quien acabó la primera rama de los duques de Borgoña procedentes del Rey Roberto. Despues de cumplimentar al Vicario de Jesucristo, supo que el Rey de Chipre, Pedro de Lusignan, estaba para llegar á Aviñon, y se detuvo allí á fin de tratar con un Príncipe tan célebre por sus hazañas contra los sarracenos, y últimamente por la toma de la ciudad de Atalia en Pamfilia. Pedro de Lusignan llegó el miércoles 29 de Marzo del año 1363, y el viernes santo ofició el Papa en su capilla, donde hizo un discurso de mucha edificacion en presencia de los dos Reyes. Declarando entonces el de Francia la resolucion que habia formado poco tiempo antes, pero en secreto, pidió al Papa la cruz para pasar al otro lado del mar, y el Pontífice se la concedió con mucho gusto. No podia haber cosa que mas lisongease al Rey de Chipre, el cual habia hecho aquel viage con el único objeto de escitar el valor de los occidentales contra los infieles de levante. El cardenal de Perigord y un gran número de caballeros siguieron el ejemplo del Rey Juan. El Papa predicó la cruzada, tomó las providencias convenientes para que marchasen todos á un mismo tiempo, y nombró gefe de la espedicion al Rey Juan, y legado al cardenal de Perigord. Pero todos estos movimientos no produjeron otro efecto que aumentar las calamidades de los cristianos de Egipto y de Siria; porque los musulmanes, noticiosos de estos preparativos, prendieron á mu-

chos de ellos y los atormentaron cruelmente.

38. La cruzada experimentó desde luego un grande obstáculo por parte de Bernabo ó Bernabé Visconti, tirano del Milanesado. Este caballero jóven, ambicioso, naturalmente colérico, y además de esto muy irritado con los procedimientos y censuras eclesiásticas, se gloriaba de quebrantar todas las leyes de la Religion y de la decencia, y tenía en guerra viva á la Italia entera. No conocía mas ley que su voluntad, ni se avergonzaba de decir que era señor, Emperador y Papa en todos sus estados. Prohibió por público pregon que fuese ningun vasallo suyo, pena de ser quemado vivo, á solicitar gracias del Papa ó del legado de Italia, ó á darles auxilio ó consejo, y pagarles las deudas que tuviesen á favor de ellos. Obligó á un sacerdote de Parma á subir á una torre, y anatematizar desde allí al Sumo Pontífice y al sacro colegio. Otros eclesiásticos y religiosos fueron atormentados en el potro: mandó quemar á algunos en una jaula de hierro, y á un fraile menor, venerado por su virtud, hizo que le taladrasen los oidos con un hierro ardiente.

Estos excesos no se limitaron á hacer infelices á algunos particulares, ni estuvieron reducidos á sola la estension del ducado de Milan. Bernabo se apoderó de Bolonia, ó por mejor decir, protegió la rebelion de los boloñeses, que habian vuelto á negar la obediencia al Papa. Tomó tambien á viva fuerza diferentes plazas y muchos castillos de la

Iglesia. De este modo se formaron dos partidos que dividieron toda la Italia, uno por su furor arrebatado, y otro por el ascendiente de la autoridad santa, é imposibilitaron cualquiera otro proyecto en que se hubiera podido pensar. Se miró este asunto como de tanta importancia, que aun en la Alemania se predicó la cruzada contra el señor de Milan. Pero no correspondiendo los efectos á unos medios tan violentos, se tomó el partido de la negociacion, en la cual se mostraron los Viscontis igualmente intratables. Los embajadores del Rey Juan, que se interesaba por ellos, como suegro de Geleazzo, hermano de Mateo y de Bernabo, no tuvieron mejor éxito que los del Rey de Chipre. Fueron pues los primeros que se retiraron muy descontentos por no haber adelantado nada.

39. Los embajadores de Chipre, que eran el santo arzobispo Pedro Tomás, y el canciller Felipe de Maicieres, dotado de virtudes casi iguales á las del Santo, tuvieron mas perseverancia. Reservaba el cielo á esta constancia y al atractivo de la virtud lo que no habia podido conseguir todo el peso del poder. Dos dias despues de haberse marchado los franceses, envió Bernabo á buscar á los ministros de Chipre. Los llevó á un cuarto retirado, les dió asiento, se sentó él en medio de los dos, y les dijo con afabilidad y franqueza: „ahora habladme de la paz con toda seguridad, y manifestadme libremente todo lo que se os ofrezca.” El santo arzobispo habló del respeto debido á la Iglesia, de